¡¡VAYA UN PAR!!

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO

ARREGLADA DEL FRANCES

POR

DON MANUEL GARCÍA Y GONZALEZ

Estrenada con aplauso en el Teatro del Instituto en la noche del 10 *de Junio de* 1852.

Esta pieza ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 29 de Mayo de 1852

SEGUNDA EDICION



PRECIO: UNA PESETA

MADRID

ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ

Calle de la Cava-alta, 5

1886

PERSONAJES	ACTORES
D. Toribio....................	D. Antonio Alverá.
D. Facundo..................	D. José Alverá.
Luisa, *hija de D. Facundo* ...	Doña Manuela Bueno.
Tomás, *hijo de D. Toribio*....	D. Jorge Pardiñas.

ACTO ÚNICO

Una sala amueblada sencillamente en casa de don Facundo.—A la izquierda, y en primer término, una puerta que da á la alcoba de Luisa.—A la derecha, y en primer término tambien, otra puerta que da á la cocina.—A cada lado de estas dos puertas laterales habrá una ventana que deje ver el interior de las dos habitaciones.—Una mesa con mantel puesto.—Cerca del fondo una alacena.—Al levantarse el telon aparecen cerradas las dos ventanas laterales.

ESCENA PRIMERA

LUISA, saliendo de la alcoba

LUISA. Vamos á ver si hierve pronto el agua. Mi padre no tardará en venir, y si no lo encuentra todo listo, es capaz de acostarse sin cenar; no será la primera vez que lo ha hecho así, sobre todo cuando se distrae. Pondremos su cubierto sobre la mesa, el vaso, el plato y el cuchillo. (Va colocando todo segun indica.) Ya está todo, y puede venir cuando quiera.

ESCENA II

LUISA y TOMÁS, entreabriendo la puerta del foro

TOMÁS. ¡Chis! ¡Chis!...

LUISA. ¿Quién llama? ¡Ah! ¿Es usted, Tomás?

TOMÁS. ¿Se puede entrar?

LUISA. Sí; mi padre ha salido.

TOMÁS. Tengo que decir á usted una cosa, querida Luisa.

LUISA. Y yo otra.

TOMÁS. Mi padre, mi señor padre, quiere casarme.

LUISA. Y el mio tambien.

TOMÁS. Con una mujer á quien detesto.

LUISA. Y á mí con un hombre á quien no he visto nunca.

TOMÁS. ¡Ay Luisa! ¡Qué desgraciado soy!

LUISA. ¿Y sabe usted el nombre de ella?

TOMÁS. No; lo único que puedo decir á usted es que hace dos dias estuvo en casa uno que dijo era el tutor de mi futura. Se encerró durante una hora con mi padre, y al salir oí que decia: «Bien, bien, no pensemos más en ello; solamente he venido á saber su opinion de usted; conque así, estamos conformes.» Pregunté despues á mi padre, á fin de que me dijese de qué se trataba, y ya estaba pensando en otra cosa. Aseguro á usted, señorita Luisa, que no he visto hombre más distraido que mi padre.

LUISA. Pues yo sé de uno, y es el mio: ayer, sin ir más lejos, recibió una carta que leyó delante de mí. Despues le pregunté, y me dijo que era un asunto que me concernia. Pues bien, á los cinco minutos, al tratar de saber lo que era, ya estaba el buen señor á cien leguas de la carta y de su contenido.

TOMÁS. Me alegraria infinito que ninguno de los dos volviese á pensar más en ello.

LUISA. ¡Ojalá!

TOMÁS. Mi padre es pobre, es verdad, pero se me hace imposible que lleve su desinterés hasta el extremo de desperdiciar una buena ocasion para mí.

LUISA. Y además, como es deudor al mio de cierta cantidad...

TOMÁS. ¿Cuánto le debe á su padre de usted?

LUISA. Creo que son dos mil reales. Luego, ¿no se ha

visto obligado á dejar este cuarto hace diez ó doce dias, y buscar otro más barato, porque no lo podia pagar? ¿Y qué, cree usted que no habrá visto sin algun pesar que mi padre se haya mudado á esta casa?

TOMÁS. Sí; y es tan distraido, que cuando viene á ver á ustedes, se le figura que está en la suya. Como hemos vivido en ella tantos años...

LUISA. Es verdad; la otra mañana, cuando vino, se fué derecho á la cama de mi padre, y nos costó un trabajo inmenso hacerlo levantar. Empeñado en que era la de él.

TOMÁS. Pues á este tenor son todas sus cosas.

LUISA. Ciertamente.

TOMÁS. A propósito de esto. Hace algun tiempo que estuvo malo, y no quiso salir á la calle en algunos dias. Sin embargo. cuando, llegó la primavera, sintiéndose mejor, se empeñó en dar un paseo una mañana, y al efecto se vistió; pero se fué á la calle con su gorro de dormir. Afortunadamente no habia dado veinte pasos, cuando encontró á un amigo, que le dijo: «Eh, don Toribio, ¿á dónde va usted de esa manera?» A lo que mi padre contestó: «Le diré á usted, es que hoy no me siento muy bueno, y no saldré de casa en todo el dia.»

LUISA. Pues el mio ha hecho más: ha mandado poner en la puerta, al lado del boton de la campanilla, una plancha pequeña de metal que dice: «Si llamando dos veces no vienen á abrir, es señal de que el amo no está en casa.» Pues bien; hace dos dias que vino él mismo, y llamó las dos veces; pero habiendo yo tardado un poco en abrir, volvió la espalda diciendo: «Vamos, eso es que el amo no está en casa.»

TOMÁS. ¡Vaya un par de distraidos!

LUISA. ¡Si nosotros no pagáramos sus distracciones!

TOMÁS. (Señalando la alcoba.) ¡Quién habia de decir que esta alcoba donde he vivido tanto tiempo, seria

algun dia la de usted, señorita Luisa! Déjeme usted verla; quiero recordar donde tenia mi lecho.

LUISA. (Abriéndola.) Véala usted.

TOMÁS. Eso es, allí, en aquel extremo del cuarto, allí es donde tantas veces me he quedado dormido bajo la dulce influencia del ángel de mi guarda. (Por Luisa.)

LUISA. ¿Quiere usted ver la cocina? Aquella es. (Señala á la puerta de la derecha.) ¡Ay! Alguien sube. ¿Si será mi padre?

TOMÁS. ¿Y dónde me escondo? (Sale don Toribio.) ¡Ah, es el mio! No tema usted nada, señorita.

ESCENA III

DICHOS y DON TORIBIO.—Don Toribio entra muy distraido. Lleva un leviton muy largo, sombrero de copa alta antiguo, y una caña de Indias cogida por la contera, apoyando el puño del baston en el suelo. Las gafas las llevará colocadas casi en la frente.

LUISA. Buenas noches, señor. (El no hace caso.) ¿Qué trae usted por acá?... (Don Toribio no responde; mira fijamente al techo, se quita el sombrero y lo pone maquinalmente sobre la cabeza de Luisa. Esta se lo da á Tomás, el cual lo vuelve á colocar en la cabeza de don Toribio.)

TOMÁS. ¿Ve usted lo que le digo, señorita? Ya empieza con sus distracciones.

TORIB. Es una cosa extraña que yo no pueda acordarme de mi nombre por más vueltas que le doy... ¡Vamos!... (Pensativo.) Lo cierto es que lo tengo en la punta de la lengua y no lo puedo... ¡Ah!... Pero no... no es ese... es el del tendero de enfrente, que acabo de leerlo en la muestra.

LUISA. Creo que no nos ha visto.

TORIB. ¡Qué resfriado estoy! (Tose.) ¡Pero señor, ese nombre... ese nombre!... ¡Esta mañana mismo lo sabia!

LUISA. (Gritando.) ¡Buenas noches, don Toribio!

TORIB. ¡Eso es!... Gracias á Dios que me acuerdo. Bien decia yo que no podia haberlo olvidado... ¡Toribio.:. justo... don Toribio... el mismo es!...

LUISA. (*Tirándole de un brazo.*) Buenas noches.

TORIB. Buenas noches. (*Volviéndose.*) ¡Hola, es la hija de mi amigo!... ¡Con mi hijo!... ¿Qué significa esto?...

TOMÁS. Soy yo, papá, que...

TORIB. ¿Qué hace usted aquí, señorita?

LUISA. Si estoy en mi...

TORIB. ¿Conque tiene usted el descaro de perseguir á mi hijo hasta su misma casa?

LUISA. ¿Qué está usted diciendo?...

TOMÁS. ¿Ve usted?... Cree que es la suya. (*A Luisa.*)

LUISA. ¡Pero, don Toribio!...

TORIB. Calle usted, no quiero excusas. ¿Habrás sido tú, pícaro seductor, libertino, el que ha traido aquí á esta señorita?

TOMÁS. Pero, padre...

TORIB. ¡Calle usted!

LUISA. Le juro á usted que su hijo es inocente.

TORIB. Calle usted, digo. ¿Y se acusa á sí misma la desgraciada para sustraerlo á mi cólera? ¡Y tú lo consientes, bribon... desvergonzado!...

TOMÁS. Pero si usted ha venido...

TORIB. En mala ocasion, ya lo veo.

TOMÁS. Don Facundo no está...

TORIB. ¡Y por eso su hija se aprovecha de su ausencia para venir hasta aquí!... ¿Habráse visto cosa igual?... Entre usted allí, señorita. (*En la alcoba.*) Voy ahora mismo á buscar á su padre.

LUISA. Pero...

TORIB. Le digo á usted que entre allí. (*Tropieza.*) ¿Qué es esto? Ah, la mesa.

LUISA. (*A Tomás.*) Arréglese usted con él como pueda, que yo me voy á mi cuarto, y no necesitaba que me lo mandase para entrar en él. (*Saluda y váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV

DON TORIBIO y TOMÁS

TORIB. En cuanto á tí, ya verás lo que hago contigo. (Levanta el baston, que lo tiene cogido por la contera.)

TOMÁS. Ese baston lo lleva usted mal cogido.

TORIB. ¡Insolente!... (Quiere correr hácia Tomás y tropieza con una silla.) Te prohibo que salgas de casa en todo el dia, ¿lo oyes?... ¡Gran pícaro!... ¡Seducir á una jóven sin pensar en lo que te debes á tí mismo y á tu futura!...

TOMÁS. ¡Mi futura!... (¡Y yo que creí que lo habia olvidado!...)

TORIB. ¿Es esta la recompensa de mis afanes por buscarte una muchacha rica y bonita?

TOMÁS. ¿Y quién le ha dicho que la busque?

TORIB. Te prohibo que pongas los piés fuera de esta casa hasta que yo vuelva.

TOMÁS. Está bien.

TORIB. ¡Que te vea salir, y verás lo que te pasa!...

TOMÁS. Justamente no deseo otra cosa.

TORIB. ¿Sí, eh?... Ahora hazme el favor de irte á tu cuarto.

TOMÁS. ¡Diablo! ¿Qué está diciendo?

TORIB. ¿No oyes?

TOMÁS. ¡Ah, sí señor, voy corriendo! (Aparte.) (Con eso podré hablar á Luisa sin testigos.) (Don Toribio empuja á Tomás hacia la alcoba de Luisa.)

TOBIB. Anda, ahora diviértete solo. Ya los tengo separaditos. (Cierra la puerta de la alcoba y echa dos vueltas a la llave, que mete en la faltriquera del leviton. En este momento se abre la ventana, que deja ver á Luisa y Tomás.)

ESCENA V

DON TORIBIO, LUISA y TOMÁS en la ventana de la izquierda

LUISA. ¿Y ha consentido usted esto?

TOMÁS. Pero si mi padre...

LUISA. ¡Eso es! ¡Nos encierra juntos! (Tomás se pone á hablar á Luisa en voz baja.)

TORIB. ¡Gracias á Dios!... Ya estoy tranquilo. ¡Lleve el diablo á los enamorados! ¿Habráse visto cosa igual?... ¡Venirse hasta aquí, hasta mi casa, á solicitar al chico!... ¡Aprovecharse de la ausencia de su padre!... Ya se ve... ¡El buen hombre es tan distraido!... Estoy seguro de que no sabe nada... y es preciso que yo le advierta lo que pasa... podria creer que yo me presto á esas intriguillas, y querer que su hija se casase con Tomás, de lo que Dios me libre. No, no es esa la mujer que conviene á mi hijo, por muchas razones.

LUISA. ¿Oye usted lo que dice?

TOMÁS. Ya lo oigo; y si á él no le conviene, á mí sí. (Tomás cierra la ventana. Luisa se lo impide.)

LUISA. Estése usted quieto, si no voy á gritar. (Coloca una madeja de seda en las manos de Tomás y se pone á devanarla.) Así estaremos entretenidos. (Don Toribio se quita el leviton y lo pone en el espaldar de una silla.)

TORIB. ¡Eh!... ¡Ya estoy contento!... (Coge de otra silla la bata de don Facundo y se la pone.) No hay cosa tan magnífica como estar uno recogido en su casa, sentado cómodamente... (Va á sentarse en una silla y cae al suelo.) ¡Ay!... ¿Qué es esto, señor?... ¡Ah, era el suelo! (Se levanta.) Sentado cómodamente en un buen sillon, envuelto en una excelente bata como esta (Mete la mano en el bolsillo y saca una pipa), y con una pipa como esta que he comprado esta mañana (La examina); no ha sido mala compra, y muy barata. (Coge un periódico de la

mesa.) ¡Bah!... Pasaremos el rato fumando y leyendo. (Se pone á echar tabaco en la pipa; despues la enciende con el periódico que tomó de la mesa, pegándole fuego á la luz de la bujía.) ¿Dónde está ese periódico?... (Buscándole.) ¿Dónde diablos se habrá ido? (Toma otro mucho más grande que habrá sobre la mesa.) Vamos, aquí está. (Se pone á leer.) ¡Qué mala tengo la vista!... ¡Ya se ve!... Esto ha sido una consecuencia forzosa de tantos años de servicio. Sirva usted á la patria, y verá luego el pago que ésta le da. Dejarlo cesante, retirado del servicio militar, con el cuerpo acribillado de heridas y medio ciego. Así es que desde que concluyó la guerra de la independencia, tengo la vista tan débil, que no puedo leer sin gafas. (Coge de la mesa unas gafas y se las pone encima de las suyas.) Pero señor, ¡qué revolucion se habrá operado en mi vista que veo tan turbio! Esto es lo que yo he estado siempre temiendo... quedarme ciego... (Procura leer.) Veamos... ¡Pero qué... imposible! ¡No veo ni una letra!... Esto parará en que tendré que ir por esas calles de Dios con un perro que me sirva de lazarillo, como hacia Belisario. ¡Ay, Dios mio!... ¡Esto es espantoso! (Se quita el sombrero para limpiarse el sudor y lo pone sobre la vela, que se apaga. Oscuridad completa.) ¡Dios mio! ¡Todo concluyó! ¡Me he quedado ciego!...

ESCENA VI

DON TORIBIO y DON FACUNDO.—Don Facundo lleva un frac largo, antiguo, pero sin llegar hasta el ridículo la exageracion

FAC. Por fin... ya estoy aquí... bien sabia yo que al fin concluiria por llegar. Ahora tratemos de encender la luz.

TORIB. ¡Ay!

FAC. ¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

TORIB. ¡Ay!...

FAC. ¿Si habré equivocado la casa? (*Van los dos andando á tientas, hasta encontrarse uno con el otro.*) ¿Quién es usted?

TORIB. ¡Soy yo, amigo mio!...

FAC. ¡Calle, es la voz de don Toribio!

TORIB. ¡Ah!... ¡Es la voz de don Facundo! ¡Me acaba de suceder en este momento una horrible desgracia!... ¡Me he quedado ciego!... ¡No veo nada!...

FAC. ¡Ya lo creo! ¡Como que estamos á oscuras!

TORIB. ¡De veras!... ¿No me engaña usted?... Si es así, ¡loado sea Dios! ¡Qué miedo he tenido!...

FAC. (*Enciende un fósforo.*) ¡Y qué susto me ha hecho usted pasar!... (*Mete la mano en el bolsillo del frac y saca un billete de la lotería.*) ¿Qué papel es este? ¡Ah, el décimo de billete que acabo de tomar en las Cuatro Calles. Creí que era el pañuelo. (*Se lo da maquinalmente á don Toribio, el cual se pone á encender la pipa, prendiéndole fuego.*)

TORIB. ¿Qué busca usted?

FAC. Nada. ¿Hace mucho tiempo que ha venido usted?

TORIB. Más de un cuarto de hora.

FAC. (*Reparando en la bata de don Toribio.*) ¡Calla! ¡Pues me gusta la franqueza!... ¡Qué cómodo se ha puesto!...

TORIB. ¡Yo lo creo!...

FAC. ¡Nada, adelante!... ¡Viva la libertad!... ¿Dónde está mi bata?

TORIB. ¿Su bata de usted?...

FAC. Sí; la que tiene usted puesta.

TORIB. Y es verdad... ¡Creí que era la mia!... (*Se quita la bata, va á ponerla en una silla y la deja caer en el suelo.*) Vamos, ¿y qué trae usted por aquí?...

FAC. ¡Pues me gusta!... ¡Que me vengo á mi casa, á cenar y á acostarme!...

TORIB. ¿Sí, eh?... Pues, nada, nada, ¡adelante!... ¡Viva la franqueza!... ¡Viva la libertad!... ¡Como si estuviese usted en su casa!

FAC. Como que estoy en ella. ¿Por lo visto ha olvida-

do usted ya que hace una semana se mudó de este cuarto, al cual me he venido con Luisa?...

TORIB. ¡Pardiez! ¡Es verdad, ya no me acordaba!

FAC. No lo extraño; ¿á que tambien ha olvidado usted este pagaré de dos mil reales que me ha firmado á seis meses de plazo? (Sacándolo del bolsillo del frac.)

TORIB. ¿Qué pagaré?

FAC. ¿No lo decia yo?. . (¡Pobre amigo!... ¡Qué mala está esa cabeza!...) (Saca el pañuelo; lo coge por una de las puntas y va á sonarse.) ¿Conque ya no se acordaba usted?... (Don Toribio coge el mismo pañuelo por otro extremo, creyendo que es el suyo, y se suenan los dos á un tiempo.)

TORIB. No; y ahora recuerdo que el plazo espira mañane, y no sé si podré... (Mete el pañuelo en el bolsillo de don Facundo, el cual se quita el frac, quedándose en mangas de camisa.)

FAC. No importa, amigo mio, dia más ó menos, lo mismo da.

TORIB. Nada, nada, cuentas claras sustentan amistad, dice un adagio. Yo he firmado ese recibo, y ahora mismo voy á ver á uno que me debe cierta cantidad, con la cual podré satisfacerle. Entre tanto, diga usted que vayan poniendo la mesa y cenaremos juntos. (Va á la silla, coge el frac de don Facundo y se lo pone.)

FAC. Cuidado con olvidar el sombrero.

TORIB. Vuelvo al momento. (Váse.)

ESCENA VII

DON FACUNDO, LUISA y TOMÁS en el cuarto de la izquierda

FAC. ¡Pobre Toribio! La fuerza de los años hace que á cada momento se le vaya la cabeza á pájaros. Imposible que no tenga alguna cicatriz mal cerrada, alguna abertura por donde se le van

las ideas. Lástima me da ese antiguo amigo, á quien quiero como un hermano. (Se dirige hácia una silla, coge el leviton de don Toribio, y se lo pone.) ¡Pobre Toribio! (Empieza á buscar el bolsillo.) ¿Dónde diantres están mis faltriqueras? Ese diablo de sastre me hace siempre la ropa tan larga, que no parece sino que he de crecer todavía. (Saca del bolsillo la petaca de don Toribio.) Tomaremos un polvo, para descargar la cabeza. ¡Cigarros! ¡Bah, lo mismo da! ¿Dónde estará mi Luisa? ¡Luisa, Luisa! (Llamando.)

LUISA. ¡Papá!

FAC. ¡Ven acá, hija mia!

LUISA. No puedo.

FAC. ¿Que no puedes?

LUISA. No, estoy encerrada.

FAC. ¿Y quién te ha encerrado?

TOMÁS. No le diga usted que estoy aquí.

FAC. ¡Muchacha! ¿No oyes? ¿Con quién estás hablando?...

LUISA. No me riña usted; yo se lo diré todo.

FAC. (Buscando la llave.) ¿Pero qué es esto, señor? (Sacándola de la levita.) Pues es verdad. ¿Si habré sido yo el que la ha encerrado?

LUISA. (Mientras don Facundo abre.) Quédese usted ahí mientras yo salgo. (Sale.)

FAC. ¡Pobrecilla! ¿Te habrás desesperado ahí dentro por causa mia? ¿Por qué no me has llamado antes?

LUISA. Si no ha sido usted...

FAC. (Sin poner atencion.) Mira, ve á la cocina, y prepara alguna cosa para cuando venga mi amigo Toribio. Vamos á cenar juntos. (Luisa entra por la puerta de la derecha.) ¡Pobre chica! (Tomás sale de la alcoba y tropieza en una silla.) ¿Quién anda ahí?... Ah, ¿es usted?... ¿De dónde ha salido? ¿De la alcoba de mi hija?...

TOMÁS. ¡Señor!...

FAC. ¡Miserable! ¡Conque estaban juntos! Pero des-

dichado, ¿por dónde ha entrado usted? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué escándalo es este?

TOMÁS. Cálmese usted, don Facundo, cálmese usted; yo se lo contaré todo.

FAC. ¡Que me calme despues de lo que he visto! ¡Es decir, de lo que no he visto ni hubiera querido ver!

TOMÁS. Señor, de todo esto mi padre tiene la culpa; él nos encerró juntos, creyendo, como siempre, que estábamos en nuestra casa, sin acordarse de que antes le habia dicho á la señorita Luisa que se fuése á su habitacion. Esto es todo lo que ha pasado; en cuanto á lo demás, señor don Facundo, le juro á usted por mi honor que hemos estado entretenidos inocentemente devanando una madeja de seda.

FAC. ¡Conque es decir que han estado ustedes encerrados más de media hora! ¡Horror! Vaya usted á buscar á su padre... (Distraido y cambiando de tono.) Pero no, yo mismo iré; le contaré lo que ha pasado, y... hágame usted el favor de esperar en esa habitacion que yo vuelva. (En la cocina.)

TOMÁS. ¡Pero don Facundo!

FAC. Nada, nada... Cuando yo se lo digo á usted, sé lo que me hago.

TOMÁS. Pues señor, bueno; adelante. (Entra en la habitacion de la izquierda, donde está Luisa, y cierra don Facundo la puerta, dando dos vueltas á la llave, la cual se la mete en el bolsillo.)

ESCENA VIII

DON FACUNDO, LUISA y TOMÁS, en la ventana que da al proscenio

FAC. ¡Habráse visto descaro semejante! Afortunadamente he educado á mi Luisa en los principios de la más sana moral, y una vez separada del Tomasito, no tengo cuidado alguno. ¡Y ese don

Toribio, ese cabeza de chorlito, que los encierra juntos como si se tratase de la cosa más sencilla del mundo! Ya le diré lo que viene al caso.

TOMÁS. ¡Su padre de usted tiene la culpa; sin querer oirme ni hacer caso de lo que iba á decirle, tras, me hizo entrar aquí sin atender á nada!

LUISA. Pues ahora, quédese usted ahí en castigo,¡mientras yo voy allá dentro á concluirle la cena.

FAC. Sí, señor, lo que viene al caso. (Continúa distraido, tirándose de una oreja y sacando el reloj.) ¡Las nueve! Ya es hora de cenar; veamos si Luisa ha puesto á hervir el agua para echar los huevos; será una manía, pero como no haga yo mismo esa operacion, no salen bien cocidos. (Mientras ha dicho esto, trae un cacharro con agua hirviendo, que pone sobre la mesa. Saca el reloj, y toma con la otra un huevo.) ¡Las nueve y cinco minutos; bien!... (Echa el reloj en el agua hirviendo, y se queda con el huevo en la mano.) Con tres minutos basta para ponerse como yo quiero.

ESCENA IX

DON FACUNDO y DON TORIBIO, que entra riéndose á carcajadas

FAC. ¡Calla! ¿Qué risa es esa?... ¿Qué le ha pasado á usted?

TORIB. Nada, hombre, nada. ¡Vaya una cosa divertida! ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¿No lo sabe usted?

FAC. Como usted no me lo diga...

TORIB. Pues señor, salgo de aquí para ver á ese amigo que me debe unos cuartos, cuando me dan ganas de meter la mano en la faltriquera, y me encuentro... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Nada menos que el pagaré que le he firmado á usted, y que por lo visto se lo he pagado ya. Aquí está, aquí está, que no me dejará mentir. (Lo saca y enseña.)

FAC. ¡Y es verdad! Pues hombre, no me acuerdo de haber recibido nada.

TORIB. ¡Cosa más chistosa!

FAC. ¡En fin, cuando usted lo tiene en su poder, será cierto que me lo ha pagado!

TORIB. Ya lo ve usted. Aquí está su firma.

FAC. Sí, sí; bien la reconozco.

TORIB. (Guardando el pagaré.) De consiguiente, amigo mio, estamos en paz. (Don Facundo se queda pensativo algun tiempo, despues se da una palmada en la frente y dice:)

FAC. (Riendo.) Pero hombre de Dios, ¿no ha reparado usted que tiene puesto mi frac?

TORIB. ¡Calla! ¡Es verdad! ¡Y usted mi levita! ¡Jesus!... ¡Jesus!... ¡No he visto en los dias de mi vida hombre más torpe!

FAC. Gracias. (Quitándose el leviton.) No en balde me parecia estar metido en un saco.

TORIB. (Cambian de prendas, y se las ponen.) Y yo en una funda de paraguas.

FAC. Héme aquí en posesion de mi pagaré.

TORIB. Ahora que me acuerdo, mire usted por dónde vuelvo otra vez á ser su deudor. Bien decia yo que no recordaba haberlo pagado.

FAC. Ni yo haberlo recibido.

TORIB. En fin, no pensemos más en eso. Vamos á cenar.

FAC. Sí, cenemos. (Se sientan en la mesa uno enfrente de otro. Don Toribio coge el cacharro donde don Facundo echó el reloj.)

TORIB. ¿Qué es esto?

FAC. Huevos pasados por agua... Sáquelos usted, que estarán cocidos. El agua estaba hirviendo cuando usted llegó.

TORIB. ¡Y llama usted á esto agua hirviendo!... ¡Pues si está fria!... (Mete la mano en el cacharro y saca el reloj.) ¡Diantre! ¡Qué es esto! ¿Tienen hora los huevos que usted echa en el agua?

FAC. ¡Cómo! ¡Mi reloj cocido! Si lo tenia ahora mismo aquí, en mi mano... (Ve el huevo en la mano.)

¡Jesus! ¡Qué distraido soy!... Ea, vamos á cenar. (*Don Toribio coge el huevo y se lo guarda en el bolsillo del pantalon, mientras que don Facundo se pone á dar golpes en el vaso, creyendo que es el huevo.*)

TORIB. (¡Pobre amigo, qué mala tiene la cabeza!) ¡Pero, hombre, mire usted que va á romper el vaso!

FAC. ¡Diablo! ¡Creí que era el huevo!... (*Don Toribio saca el huevo de un bolsillo como si fuese el reloj.*)

TORIB. Tome usted su reloj... digo, no, el huevo.

FAC. Luisa... ¡Ah! A propósito de mi Luisa; su hijo de usted es un tunante, un bribon, un libertino.

TORIB. ¿Cómo?

FAC. Sepa usted que lo he encontrado esta misma noche, encerrado en este cuarto.

TORIB. No lo extraño. Como que yo mismo lo encerré.

FAC. ¿Con mi hija? ¿Y no se estremece usted? ¿No se horripila?

TORIB. ¿Y de qué quiere usted que yo me estremezca? ¿Pues no es ese el cuarto de Tomás hace veinte años?

FAC. Pero hombre, ¿olvida usted que esta no es su casa? ¿No se ha mudado hace diez ó doce dias de ella?

TORIB. Calle usted, calle usted; con sus torpezas me va á volver tonto; bien dice el refran que un loco hace ciento.

LUISA. ¡Papá!

TORIB. Vamos, su hija de usted lo está llamando.

FAC. Ya la oigo. Pronto, pronto, haga usted salir de allí á su hijo, que no quiero que la vea. (*Don Toribio va á la puerta izquierda, don Facundo hácia la de la cocina, abre, y salen Luisa y Tomás de las manos.*)

ESCENA X

LOS MISMOS, LUISA y TOMÁS

FAC. ¡Qué es esto!! (Furioso.) ¡Todavía juntos! ¡Pícaros! ¡Desnaturalizados!

LUISA. Pero papá, si usted mismo nos encerró...

FAC. Mientes, hija... de tu madre.

LUISA. Sí, señor, me dijo que fuera á prepararle alguna cosa para cenar.

TOMÁS. Es cierto, don Facundo; y despues me hizo usted entrar en la misma pieza sin quererme oir. ¿Ve usted? (Señalando la ventana de la cocina.) Aquí he estado solo todo ese tiempo, tomando el fresco.

FAC. ¡Bah! ¡Idos al diablo! Soy ya perro viejo para que ustedes quieran engañarme.

TORIB. En fin, todo concluyó; quiere decir que ahora cenaremos los cuatro.

FAC. Vamos, vamos á tomar un bocado.

TOMÁS. (Acercándose á don Toribio.) Papá, sea usted indulgente, y pídale á don Facundo la mano de la señorita Luisa.

TORIB. ¿Y tu prometida?

TOMÁS. ¿Mi prometida? ¿Pues no se acuerda usted que ya no hay nada de lo dicho? ¿No me lo dijo ayer mismo?

TORIB. Vamos, bien. (A don Facundo.) Amigo mio, estoy pensando en que debemos castigar á estos dos buenas piezas; ellos han estado juntos más de media hora; pues bien, juntémoslos para toda la vida.

FAC. Su proposicion de usted me honra, amigo mio, y desde luego la aceptaria si mi hija no estuviese ya prometida á otro. Justamente aquí tengo la carta. (Mete la mano en el bolsillo, y va sacando los objetos que dice.) No, que es mi gorro... Aquí está... no, no es esta... (Saca el pañuelo.)

¿Dónde la habré metido? ¡Calla, ya la encontré!... (*Saca la petaca.*) Tampoco... A ver... señor... (*Saca el pagaré y se lo da á don Toribio.*) Pues no la encuentro... Pero, en fin, si ellos quieren, consiento.

LUISA y TOMÁS. ¡Qué dicha! ¡Oh, qué felicidad!

TORIB. ¡Y yo la apruebo tambien! (*Coge á Luisa de la mano y á don Facundo de la otra, y dice:*) Ea, muchachos, á casarse, y que Dios os ayude.

FAC. Pero hombre, ¿qué está usted haciendo? Si no es eso. (*Toma la mano de don Toribio y la de Tomás, las une, y dice:*) Creced y multiplicaos.

TORIB. Suelte usted, hombre; nos va usted á volver locos á todos si sigue así mucho tiempo. Déjelos usted á ellos que se entiendan mejor que nosotros.

FAC. Tiene usted razon. (*Al público.*)

La pieza ya ha concluido;
pero me acuerdo muy bien
que...

(*Desde el momento de dirigirse al público, empieza á buscar en los bolsillos. De pronto se dirige á don Toribio.*) Oiga usted, don Toribio, ¿tiene usted ahí el pagaré de nuestra cuenta?

TORIB. Sí; usted me lo dió ahora poco.

FAC. ¿De suerte que no tengo pruebas de la deuda?

TORIB. ¿Y por qué no? Aquí está. (*Dándoselo.*) Y aun cuando no las tuviese, creo que mi palabra...

FAC. En ella me fío... (*Rompiéndole.*) aunque no; ese será su regalo de boda.

TORIB. Bien, amigo mio, bien. ¿Pero no continúa usted? (*Por el público.*)

FAC. ¿Qué he de continuar?

TORIB. Lo que empezó usted ahora poco.

FAC. ¿Yo? ¿Yo? No sé lo que quiere usted decir.

TORIB. ¡Pobre don Facundo! ¡Cuando digo que su cabeza está dada a componer! Lo haré yo, porque si no no concluimos nunca. (*Se vuelve.*)

Mi amigo es tan aturdido

que jamás acabará...
pero yo... (Váse hácia el foro.)

TOMÁS. ¡Pero papá!

TORIB. Es verdad, me he distraido.
Perdon é indulgencia pido,
y otra cosa acostumbrada
cuando una comedia agrada.
Una... ¡Voto á... me confundo!...
¿Se acuerda usted, don Facundo?

FAC. Yo no...

TORIB. Ni yo.

LUISA. ¡Una palmada!

FIN DE ESTA PIEZA